

Imperio Virginis omnia formulantur etiam Deus (1). Todo obedece al imperio de esta Virgen sin esceptuar al mismo Dios. La devocion de María es en frase del padre San Anselmo, signo de predestinacion: el melifluo padre San Bernardo la llama norte seguro de los que navegan en el proceloso mar de este mundo y áncora de esperanza, y el padre San Agustin dice que no encuentra voces con que espresar su fervor.

¿Y quién duda que María está dispuesta á ejercer en nuestro favor este poder que por gracia ha recibido? ¿Siendo ella nuestra Madre no velará por nosotros deseando nuestra salvacion? ¿Su corazon maternal podrá desenterderse de nuestros males? El pensarlo solo sería una ofensa para la bendita Virgen que tantos dolores sufrió por nosotros en la pasion de su divino Hijo: su preteccion ha sido siempre benéfica y pronta para cuantos á ella acudieron; no cerró sus oidos al clamor del atribulado, y siempre y en todo tiempo hallaron en ella una ciudad de refugio los que imploraron su amparo y proteccion.

Empero tal vez el recuerdo de vuestras infidelidades os retraiga de acercaros á María. Si así lo haceis os digo que no conoceis á la Madre de nuestro Dios, que ignorais por completo la bondad de su corazon y sus afectos maternos. Habeis tenido la desgracia de caminar por los tortuosos senderos del mundo; os alucinó el error, os cegó una funesta pasion, corristeis de precipicio en precipicio, ¿pero esto será causa para que no os acerqueis á María? Pues sabed que ella tiene un corazon tan benigno, dice Ludovico Blosio, que no despide descontento á quien le ruega (2). Basta que ar-

(1) S. Bern. de Sen. t. II, serm. 16.

(2) Ita benigna est, ut nominem tristem redire sinat. Lib. IV, c. 12.

repentidos os presenteis á ella para que uniendo á los vuestros sus clamores, os alcance la gracia y el perdón de Dios. Y para acabar de persuadiros á ser devotos constantes de la Santísima Virgen, y á tener una gran confianza en su proteccion, oid lo que es la Señora segun ella misma declaró á su sierva santa Brígida, cuyas revelaciones son aprobadas por la Iglesia. «Yo soy, le dijo, la Reina del cielo y la Madre de la misericordia: yo soy la alegría de los justos y la puerta para introducir á Dios á los pecadores... Yo soy llamada de todos Madre de misericordia y verdaderamente la misericordia de Dios hácia los hombres, me ha hecho tan misericordiosa para con ellos (1).»

Alentaos, pues, en vuestra devocion á la Santísima Virgen, seguro de que por ella conseguireis la salud y vida de vuestras almas. *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino*. Mas deseando yo que no incurrais en un error de grave trascendencia en que incurren no pocos cristianos que profesan una falsa devocion á la Madre de Dios, voy á haceros ver las reglas que deben guiar la vuestra para que le sea aceptable.

SEGUNDA PARTE.

Si yo os preguntase, hermanos míos, si de corazon amabais á María Santísima; si le profesabais una cordial devocion y teniais confianza en su proteccion y amparo, tal vez ofendidos de mi duda me contestaríais: Estos cultos que anualmente le consagramos en

(1) Ego regina cœli et mater misericordiæ. Ego justorum gaudium et aditus peccatorum ad Deum... Ego vocor ab omnibus Mater misericordiæ, et vere misericordia illius misericordem me fecit. Rev. lib. I, capítulo 6.

su venerada imagen de N... y nuestra devota asistencia á ellos, ¿no es una prueba clara del afecto que la profesamos? Si no la amásemos cordialmente, ¿emplearíamos nuestros bienes y nuestro tiempo en adornar su templo y en procurar sus públicas alabanzas? Plegue á Dios que así sea, y que todas las demostraciones de vuestro júbilo y alegría no lleven por objeto la vanidad, ó no procedan de otras causas que os impidan recoger los frutos de tan santa devoción. Sabed que así como la fé sin las obras es estéril para nuestra justificación, en doctrina del apóstol Santiago, así también es inútil la devoción de María Santísima para aquel que contento con un afecto vano no se dedica á estudiar las lecciones de tan amante Madre. Por el contrario, aquella alma devota y contemplativa que meditando en las heróicas virtudes de la Señora procura imitarla, no solamente le es agradable, sino que puede llamarse verdadero devoto de María, y sensiblemente conocerá su protección.

Muchos son los que se titulan devotos de la Señora: la mayor parte de los cristianos la saludan diariamente con algunas oraciones; pocos serán los que vivan completamente olvidados de la que tanto cooperó á nuestra redención. ¿Pero de qué servirán sus oraciones tibias á aquellos que no tratando de imitarla, viven envueltos en los vicios y ofenden de continuo á Dios, á quien tanto ama María? El que pasa una vida licenciosa y vive de un modo contrario á la moral del Evangelio sin querer apartarse de sus goces y placeres, ¿podrá esperar la protección de María por mas que visite sus imágenes y le dirija sus súplicas? Ni me digáis que apesar de vuestros desórdenes confiáis en su amparo, por que es madre de pecadores. El que

así piensa vive en un error que le conducirá á su perdición eterna. Cuando los Padres de la Iglesia afirman que María es madre de los pecadores, y que no deja perecer á sus devotos, no hablan del pecador obstinado que no queriéndose apartar de su mala vida, no observa en nada la divina ley: hablan sí del pecador arrepentido, del miserable que con lágrimas en sus ojos implora su protección: este es el que cierta é indudablemente encontrará en María una madre cariñosa, que cubriéndole con su manto de misericordia, le alcanzará el perdón y le colmará de beneficios. De otro modo, ¿cómo se podría concebir que siendo María la criatura mas humilde que ha habido ni habrá, dispense sus favores á aquel de cuyo corazón ha tomado posesion la soberbia? ¿Que siendo su pureza tan angelical, ame y proteja á aquel que vive aprisionado por los lazos de la carne, á la que nada le niega? ¿Que habiendo sido tan obedientísima á la voluntad divina, abra sus brazos para recibir al que menospreciando los mandamientos de Dios y de su Iglesia, no reconoce mas ley que su capricho? Siendo tan ardiente su caridad, ¿aceptará gustosa la devoción y las oraciones de aquel que habiendo formado su fortuna en la usura, y habiéndose levantado sobre la ruina del prójimo, se prostra ante su imagen, sin formar intencion de resarcir los perjuicios que ha causado? Ella en suma odia el pecado, pues que sabe que por destruirlo fué crucificado su Divino Hijo. ¿Cómo, pues, dispensará sus bondades al que no le odie también y practique la virtud? No hay que hacerse ilusiones, hermanos míos: yo no sé adular, ni aunque supiera, me sería lícito hacerlo, cuando ocupo la cátedra del Evangelio, y hablo á nombre de la

Iglesia: esto sería profanar el púlpito y mi dignidad. Por lo tanto os digo formalmente que la devoción de la Santísima Virgen, que saliendo de los labios y no procediendo del corazón es aparente y falsa, no puede bajo ningún concepto serle agradable. Vosotros os gloriais de ser devotos de María, y deseais tener en ella una madre, que solicita por vuestro bien tenga sus oídos abiertos para escuchar vuestras súplicas, remediándoos en todas vuestras necesidades. Pues en vuestra mano está el conseguirlo: odiad el pecado é imitad sus virtudes.

Es doctrina corriente entre los maestros de espíritu, que no tardará en servir al pecado el que contento con evitarlo no practica las virtudes contrarias y obra el bien; y esto se funda en que no basta abandonar la culpa, si no se procura edificar sobre sus ruinas el nuevo edificio en que habita la paz del alma; y por eso aconseja el Señor la vigilancia, el ejercicio de la oración y la mortificación de sentidos como medios necesarios para vencer la tentación. La regla infalible del amor es la imitación de la persona amada: deseamos en la tierra atraer á nosotros la protección de una persona; estamos interesados en conservar una amistad, y lo natural es observar sus inclinaciones y gustos, adaptarnos á ellos y seguir la misma línea de conducta; porque si aquel cuya amistad deseamos no perder es generoso y nos ve miserables; caritativo y descubre nuestra avaricia; de carácter humilde y nos ve soberbios, pronto se apartará de nosotros y nada lograremos de él. ¿No es así? ¿No es esto lo que sucede en la sociedad, en el trato de las gentes? Pues ved exactamente lo que debemos hacer, si como es natural deseamos no perder la amistad y

protección de la Santísima Virgen María. Durante el curso de esta novena examinaremos las virtudes de esta Señora, y ellas serán lecciones importantísimas que deberemos aprender y no olvidar jamás, documentos saludables que debemos grabar en nuestros corazones. María ha ofrecido la salud y la vida á sus devotos: ¿quereis conseguir estos inestimables bienes? Pues como el mayor obsequio que podreis tributarle, reconciliaos con su Hijo en uno de los días de este Novenario por el sacramento de la Penitencia: alimentad vuestras almas con el Pan eucarístico, y contemplando las virtudes de la Señora, procurad imitarlas. Este será el medio cierto de que vuestra devoción le sea aceptable, de que escuche vuestras oraciones, y os alcance la vida de vuestras almas y la salud en el Señor. *Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem á Domino.*

Fieles cristianos y devotos de María Santísima, acudid con confianza á la que es tesorera de la divina misericordia: ella es nuestra Madre, y así como Jesucristo no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, así María identificada en los mismos sentimientos de su Hijo, no desea otra cosa que nuestra salvación. Dispuesta siempre á socorrernos y dispensarnos sus bondades, solo espera el momento de nuestro arrepentimiento. ¡Bienaventurado el que vive bajo la protección de una madre tan misericordiosa! ¡Dichoso mil y mil veces el que logra profesar una verdadera devoción á la Purísima Madre de nuestro Dios! Quiera el Señor por su misericordia infinita que penetrando hasta vuestros corazones la palabra divina que habeis de escuchar en estos días, llegueis todos á merecer por vuestra conducta cris-

tiana la proteccion de la Reina de los ángeles. Si así sucede, con su auxilio vivireis en paz, con su amparo subireis al cielo, logrando la salud y vida de vuestras almas. *Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem á Domino.*

Y vos, dulce Madre nuestra, dirigid á nosotros una mirada de compasion, y no nos desampareis en este valle de lágrimas y de miserias: oid las voces de todos estos fieles, que con la mayor devocion acuden á cantar vuestras alabanzas: alcanzad para todos nosotros los divinos auxilios, á fin de que reconociendo y llorando nuestros pasados extravíos, merezcamos por vuestra poderosa intercesion ser participantes de la felicidad que se disfruta en el cielo. *Amen.*

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LA NOVENA.

DE LA FÉ DE MARÍA SANTÍSIMA.

La fé de la Santísima Virgen confunde necesariamente á la incredulidad de nuestros dias.

Beata, que credidisti.

Eres bienaventurada porque creistes.

Luc. cap. I, v. 45.

Al observar el culto continuo que en todo el cristianismo y muy especialmente en nuestra nacion española, se consagra á la Santísima Virgen, y al ver que su nombre es invocado por justos y pecadores, confieso que mi corazon se llena de júbilo, y que no puedo menos de regocijarme. Ilustres y piadosas hermandades ó congregaciones se emplean en cantar las alabanzas y hacer públicas las glorias de la Madre del Redentor. ¿Y por qué así? ¿Por qué tanto entusiasmo? ¿Cuál es el origen de devocion tan cordial? Nada